

## JOHN Y OLIVIA STONE EN LA VILLA DE LA OROTAVA

Nicolás González Lemus

### Resumen:

Entre los muchos viajeros, y viajeras, que visitaron la Villa de La Orotava a lo largo de la historia, la británica Olivia Stone ha sido una de las más distinguidas. Una de las razones fundamentales es por su extenso comentario sobre la villa, de la que la autora deja entrever una enriquecedora y agradable visita, aunque no deja de proclamarse orgullosa hija del Imperio cuando se le presenta la ocasión. Su obra, aun siendo un libro de viajes, es un paseo histórico por el pueblo donde la esmerada educación reinante en las casas señoriales se armoniza, a veces con cierta minuciosidad, con las consecuencias de la crisis económica y social que se vivía por entonces. Es una fuente documental muy sugestiva sobre la sociedad orotavense de finales del siglo XIX.

Palabras claves: carretera, cochinilla, crisis, jardín, iglesia, mausoleo, Teide, Cologan.

La británica Olivia Stone fue una de las más distinguidas viajeras victorianas que visitaron las islas. Una de las razones fundamentales del deseo por el viaje de las mujeres victorianas, como la que me ocupa en el presente trabajo, fue la creciente atmósfera de exotividad que se vivía en las casas de la burguesía británica. El ambiente hogareño bajo el reinado de Victoria estaba envuelto con decoración de objetos de Oriente. Muchos comerciantes estaban relacionados, directa o indirectamente, con la expansión del Imperio en Oriente y África. Los viajeros y comerciantes que visitaban esas lejanas tierras, a su regreso, además de traer artículos exóticos, contaban historias de sus misteriosas costumbres, las curiosidades de esos pueblos y las maravillas de los lugares. Sus casas se llenaron de elementos decorativos del lejano Oriente. Con el éxito de Japón y China en la Exposición Universal de Londres en 1850 y el intercambio comercial con Oriente y la costa occidental de África, tales objetos rápidamente se convertirían en ornamentos de moda decorativos no solamente en las casas de los viajeros y comerciantes, sino también en las casas de las clases medias y altas británicas, cada vez más ansiosas en adquirirlos. Por lo tanto, las tierras lejanas, sus objetos y sus gentes fueron presentados a las jóvenes y futuras viajeras como un mundo exótico fuera de su alcance. En esos ambientes llenos de curiosidades transcurrieron la infancia y adolescencia de la inmensa mayoría de las viajeras victorianas. La presencia de esa naturaleza les hizo ver las cosas de otro modo. Las sedujeron; les inspiraron imaginación.

Por tales razones la mayoría de las viajeras dirigieron sus miradas hacia Oriente. Sin embargo, otras hacia el Sur. La pasión por el Sur había cautivado la conciencia cultural de Inglaterra. Primero, por los viajes realizados por James Cook y muchos otros. Después, por el canto de las Riveras mediterráneas que profesaron los pintores (Joshua Reynolds o Joseph Turner) y los poetas (Byron, Keats, Shelley, entre otros). Rose Yorke, uno de los personajes femeninos en la novela *Shirley* (1849) de Charlotte Brontë, se encontraba con su amiga Caroline Helstone comentando sus impresiones sobre la novela *The Italian* (1796) de Ann Radcliffe, y le insinuó que la novela le encantaba porque hace

que «uno se sienta como si estuviera lejos de Inglaterra –realmente en Italia–bajo otro sol – ese cielo azul del Sur que los viajeros describen»–.

Pero si bien la luz y el cielo azul de Italia y el Mediterráneo eran solamente los que estaban al alcance en la primera mitad del siglo, las mejoras de los medios de comunicación con la aparición del vapor permitieron acceder más fácilmente al cielo azul de las islas del Atlántico, situadas más al Sur, pertenecientes geográficamente a África, el continente que despertaba pasiones entre los europeos. Eso desató una inusitada pasión en las mujeres victorianas, como en los hombres, por el viaje a las Islas Canarias. Por consiguiente, desde mediados del siglo XIX hasta los albores del XX el número de viajeras que visitaron las islas aumentó considerablemente con respecto a décadas anteriores. Y precisamente, para las Islas Canarias el más destacado viajero victoriano por su obra fue una mujer: Olivia Stone. Es la única viajera (y viajero) que penetra en los rincones más alejados de las siete islas para descubrir, como afirma Jonathan Allen en el prólogo de la versión castellana de su obra *Tenerife and its Six Satellites*, la geografía interior del archipiélago. En este sentido los Stone –Olivia vino acompañada de su marido John Harris, al cual se le debe también parte del texto escrito– puede ser considerada además de una viajera, una auténtica exploradora, si consideramos la figura del explorador a alguien que llegaba a lugares a los que ningún viajero había llegado antes. Sobre un caballo, con un cuaderno de notas, un lápiz y una cámara fotográfica, valiéndose de una caseta de campaña y el mapa del Almirantazgo británico examina la naturaleza y el paisaje insular, a sus gentes, sus costumbres, los valores morales, creencias, etc., a la luz de su propia experiencia intelectual y humana. Como resultado, ofrece una exhaustiva descripción de la realidad histórica de las islas, así como un precioso documento de alto valor etnográfico y antropológico.

De nacionalidad irlandesa, Olivia Stone llegó a Santa Cruz de Tenerife el miércoles 5 de septiembre de 1883. En la capital pernoctó en el hotel Camacho, cuando éste se encontraba en la calle de La Marina. El viernes día 7 abandonó Santa Cruz con dirección La Laguna para posteriormente continuar para el valle de La Orotava. El Puerto de la Cruz sería su lugar de residencia hasta que el viernes 20 de noviembre abandonó la isla rumbo a Gran Canaria. El mismo Puerto de la Cruz sería su centro de operaciones. Hizo excursiones por el resto de la isla, subió al Teide y desde el muelle portuense se trasladó a La Palma para desde allí visitar La Gomera y El Hierro. Abandonó Canarias el domingo 17 de febrero de 1884 para hacer escala en Madeira. Producto de su estancia es la obra *Tenerife and its Six Satellites, or the Canary Islands past and present*.<sup>1</sup> Algunos historiadores locales, siguiendo al alemán Uwe Riedel, consideran el libro como una guía turística. Difícilmente se puede considerar una guía turística a un libro de cerca de 1.000 páginas. Está más próximo a un libro del género de la literatura de viaje. Veamos por qué.

En 1880 el matrimonio Stone se trasladó a Noruega, lugar de vacaciones de las clases altas inglesas. En esta ocasión, como haría cuando se trasladó a Canarias, John Stone llevó la cámara fotográfica. Fruto de aquel viaje fue su librito *Norway in June... Accompanied by a Sketch Map, A Table of Expenses, And A list of Articles Indispensible to the Traveller In Norway*. La obra, de 62 páginas, fue publicada en 1882 por la editorial Marcus Ward & Co. Por la forma del libro parece que el viaje fue encargo de la editorial más que por iniciativa propia. Está escrito como diario de viaje y aunque el libro recoge aspectos de la historia local es más una guía turística que un libro de viajes, pues sus descripciones son muy escuetas. Comienza hablando de las líneas navieras que operaban entre Noruega e Inglaterra. Se traslada a las diferentes regiones del país. Señala las rutas, los edificios y personajes históricos de interés. En sus descripciones hay elementos

---

<sup>1</sup> STONE, Olivia (1887). *Tenerife and its Six Satellites, or the Canary Islands past and present*. Marcus Ward. London, pp 447/459, con 79 gravados y 9 mapas.

etnográficos y referencias históricas, aunque muy ligeras. Al final de la obra da una detallada lista de los vapores con sus tarifas de ida y vuelta, horarios, etc., y los precios de los hoteles.<sup>2</sup>

Como solía suceder con todos los libros sobre los desplazamientos de los británicos al extranjero, la publicación tuvo muy buena acogida. El *Morning Advertiser* señaló que es el libro «que proporciona lo que el turista desea conseguir. La detallada información facilitada por los autores permitía la excursión a Noruega de una manera sencilla. Nuestro consejo es que se debería seguir exactamente la misma ruta que apunta Mrs. Stone». Comentarios similares se reseñan en otras revistas como en el *Observer*, *Spectator*, *Graphic*, *Saturday Review*, entre otras.

Parece que el objetivo de su viaje a las Islas Canarias fue un tanto sorprendente. Aunque no podemos afirmarlo, pudiera ser que la editorial Marcus Ward and Co. le encargara trasladarse a las islas para que elaborara una guía como la que había realizado tres años antes con Noruega. También pudiera ser que animada por la publicación de los escritos de su anterior viaje se trasladara a Canarias para realizar el mismo cometido. Fuese como fuere, todo indica que con *Tenerife and its Six Satellites*, figurando como único autor Olivia Stone, el objetivo fue suministrar «a la gente de buena posición social que hacía turismo todo lo necesario para pasar tan agradable y pintoresco tiempo como hizo en 1880 en un destino vacacional todavía más lejos».<sup>3</sup> ¿Logró Olivia Stone proporcionar la minuciosa información como sucedió con su anterior libro?. En otras palabras, ¿logró elaborar una guía turística tal como había hecho en su viaje a Noruega?. En un análisis de los libros de Stone sobre Canarias, la revista *The Atheneum* hace un comentario bastante sarcástico y no duda en calificarla «pionera del viaje excursionista». Pero estos «picnic travellers» necesitan solo una cosa: que los dos robustos volúmenes de la obra de Olivia Stone «deberían de ser un tercio del tamaño y peso para que quizás fuese una guía».<sup>4</sup> En efecto, la obra de Olivia Stone de dos tomos (477 páginas el primero y 459 el segundo, publicada en 1887) difícilmente logró cumplir el papel de un libro-guía. Ésta fue tal vez la razón por la cual la segunda edición publicada en 1889 fuese reducida a un solo tomo. ¿Exigencias del editor?. No lo sabemos. Lo que sí es evidente es que la obra pudo alimentar el afán aventurero de algunos británicos, incluso pudo despertar el interés por la inversión en el sector turístico de algunos de sus compatriotas, como así lo creo, pero en absoluto fue una guía turística que sirviera de modelo a los posteriores compatriotas que se acercaban a Tenerife y Gran Canaria, las dos únicas islas que se solían visitar. Tampoco fue recibido con aplauso cuando vio la luz su primera edición.<sup>5</sup> Pero si bien Olivia Stone no logró hacer una guía turística de Canarias desde luego sí que dejó un precioso testimonio antropológico de las islas y un interesante estudio del momento histórico que se estaba viviendo.

Para escribir su extensa obra se dirigió, como los hacían los viajeros románticos más ilustrados y aventureros, a la Biblioteca Británica para consultar la bibliografía existente sobre las Islas Canarias. Consultó alrededor de sesenta u ochenta libros sobre el archipiélago canario, aunque como ella misma comenta, «se podrían contar con los dedos de una mano aquellos que suministran una información de primera mano y exacta». Consultó a Humboldt de quien opina que toda su descripción de Tenerife es

---

<sup>2</sup> STONE, Olivia ((1882). *Norway in June*. Marcus Ward. London.

<sup>3</sup> ROBINSON, Jane (1990). *Wayward Women*. Oxford University Press. Oxford, p. 195.

<sup>4</sup> *Ibidem*.

<sup>5</sup> De los muchos comentarios que salieron al respecto, el profesor García Pérez ofrece el dado por George F. Hooper en la revista *The Academy* en una edición de 1888. Después de resaltar los errores sobre la toponimia canaria, George Hooper considera que la obra de Stone podía ser leída como un simple relato de viajes, «pero sin embargo no lo consideramos como un buen ejemplo de este tipo de libros que tratan de Canarias», (GARCÍA PÉREZ, José Luis (1988). p. 182.

muy inexacta por haber sido escrito muchos años después de visitar la isla. De entre los escritos que considera de gran utilidad por su valiosa información están los de Abreu Galindo *The history of the discovery and conquest of the Canary Islands* (traducido por George Glas, además de sus observaciones personales), y la propia *Descripción de las Islas Canarias 1764* del mismo George Glas, y *La Conquista de las Canarias (Le Canarien)* de Pierre Bontier y Jean le Verrier, que acompañaron a Jean de Bethencourt en 1402 para la conquista de las islas. Existían en la biblioteca algunos autores que hacían referencia a temas específicos sobre todo a la botánica, geología y astronomía que también consultó con mucho interés, Sabin Berthelot, Leopold von Buch, Karl Fritsch y Charles Piazzi Smyth. Consultó la extensa obra *Essais sur les Isles Fortunées et l'antique Atlantide* de Bory de St. Vincent, la que considera solo un resumen de la obra de José Viera y Clavijo, el mejor historiador de las islas y el más fiable con su *Historia general de las islas Canarias*. Según Olivia Stone, muchos escritores mencionaban las islas, pero solo de paso hacia otros países. «Una estancia de pocos días en Santa Cruz, algunas horas en Gran Canaria y quizás una mirada de paso a Lanzarote, y escriben un libro o les dedican numerosos capítulos a las islas en libros que realmente tratan sobre otros lugares. Necesariamente la cantidad de información que reúnen sobre el terreno es limitada, el resto tienen que obtenerlo de otras fuentes» –comenta. No obstante, ella misma reconoce que número de obras en inglés era muy pequeño y los pocos libros y algunos folletos que existían se ocupaban principalmente de Tenerife y del Teide.

Cuando Olivia Stone visitó el archipiélago las islas estaban viviendo la crisis de la cochinilla. Ella fue testigo del momento que se estaba viviendo. En los años de esplendor de su explotación, la cochinilla se había convertido en el patrón oro. Una bolsa de cochinilla pasó a ser aceptada como el mismo dinero y era tomado con toda normalidad, y hasta muy bien recibido como trueque, incluso, en las mismas tiendas. Olivia Stone, cuando estaba en Las Palmas, relata la anécdota que le contó un relojero en los momentos de mayor esplendor de la grana.

*Él solía hacer un tour por la isla y vender relojes por 40, 50 y 60 lbs. de cochinilla cada uno, y a veces en una familia había vendido hasta tres y cuatro relojes.<sup>6</sup>*

Los pingües beneficios originados por el comercio de la cochinilla en los años dorados provocaron un paranoico deseo entre los isleños de enriquecimiento fácil y de disfrute de esa riqueza, desde las clases altas y medias hasta las más bajas. Los enormes beneficios se despilfarraron extravagantemente. Según Olivia Stone, *durante los pocos años que fue cultivada la cochinilla, la gente estaba embebida de un intenso deseo de ser rica, una pompa despilfarradora fue la moda... y los isleños se entregaron a un tipo de disfrute desenfrenado de la fortuna que iba surgiendo ante ellos.*

La forma que tomó esta extravagante enfermedad fue fundamentalmente en la adquisición de joyas. Según Olivia Stone, porque los españoles son más o menos dados a un amor desmesurado por la ostentación.<sup>7</sup> Fue como una droga. La nobleza y la burguesía agraria encargaron muebles caros, pianos, joyas, artículos de decoración, corrajes y demás cosas de montar de plata, y otras mercancías costosas de Europa, principalmente de Francia e Inglaterra. Hasta los campesinos más pobres fueron afectados. Así las baratijas francesas de *Palais Royal*, joyas sin ningún valor, pero muy vistosas, encontraron en el campesinado de las islas un auténtico mercado –comenta Olivia Stone–.

---

<sup>6</sup> STONE, O. (1887), v. II, p. 32

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 31

Otro síntoma de los altos precios alcanzados por la cochinilla fue el gasto del tiempo en diversiones. Por ejemplo, se consintió durante la Pascua, más que nunca, las peleas de gallos, donde las apuestas fueron más altas. Los juegos de cartas llegaron a ser más frecuentes. Los jóvenes, afectados por la moda, compraban un caballo más llamativo que el que habían montado hasta ese momento, etc.<sup>8</sup>

Pero al igual que ocurrió durante el proceso expansivo de la vid en el último tercio del siglo XVIII, el auge de la cochinilla también hizo que se abandonara otras ramas de la agricultura. Como consecuencia de ello, los precios de los artículos básicos subieron enormemente. El peligro de esta dependencia en un solo producto agrario en detrimento de otros cultivos agrícolas es advertido por el cónsul británico Henry C. Grattan en 1867, aún en pleno auge de la explotación de la cochinilla, para quien la ruina de las islas sería total si se descubriera un producto químico que superara a dicho tinte.<sup>9</sup> Olivia Stone expresa la misma opinión décadas después, cuando comenta que la ruina de las islas no solo fue provocada por el hundimiento del mercado de la cochinilla, sino también por el hecho de que caminó junto al mismo, a saber al abandonarse del resto de los cultivos que los fértiles suelos de las islas podían producir.

*Todo el dinero y la tierra fue destinado totalmente a la cochinilla, no había otras cosechas y los cultivos de otro tipo, salvo los del cactus para la cochinilla, fueron abandonados.*

Y efectivamente, no tardó en darse la sustitución del tinte natural de la cochinilla por los sintéticos, la *anilina* y la *fucsina*. El descubrimiento de estos nuevos tintes, fundamentalmente de la anilina, hizo que este bienestar fuera tan efímero que no hubo tiempo de reacción. La demanda no era lo suficientemente grande como para seguir insistiendo en esta industria. El descubrimiento de la anilina como colorante, a pesar de sus deficiencias, hirió de muerte el comercio de la cochinilla. Solamente en el valle de la Orotava e Icod (Tenerife) y Arucas, Guía y Galdar (Gran Canaria) permanecerían algunas plantaciones.<sup>10</sup>

La crisis de la cochinilla originó desequilibrios serios en la economía insular, las transacciones mercantiles carecían del movimiento constante propia de la ley del comercio, las producciones del suelo no tenían demanda y su precio era nulo. Escasamente cuatro meses antes de la visita del matrimonio Stone al valle de La Orotava, el Ayuntamiento del Puerto de la Cruz, en Sesión Ordinaria del 8 de abril de 1883<sup>11</sup> apuesta firmemente por el desarrollo del turismo ante la alarmente crisis que se estaba viviendo.

*Esta provincia atraviesa una crisis económica muy difícil de conjurar: la depreciación de la grana, única producción que tenía valor en los mercados de Europa y la pertinaz sequía que hace años nos persigue han sumido a estas islas en la mayor miseria hasta el punto de quedar casi despobladas las de Lanzarote y Fuerteventura cuyos habitantes han tenido que emigrar a la América del Sur para no perecer de hambre y de sed. Una parte de esos males, aumentados con los nuevos impuestos, han alcanzado a la isla de Tenerife, en donde la clase trabajadora, falto de ocupación se encuentra en una situación angustiosa.*<sup>12</sup>

---

<sup>8</sup> Ibidem.

<sup>9</sup> P.R.O. A. and P. vol. LIX, p. 594

<sup>10</sup> P.R.O. H.CI 4776. vol LXXII. P. 203

<sup>11</sup> A.H.M.P.C. Actas municipales. 1883.

<sup>12</sup> Ibidem.

En el momento de la visita de los Stone se estaban depositando nuevas esperanzas en el cultivo de la vid, en la caña de azúcar, se realizarían esfuerzos con el tabaco y se diversifica la agricultura, insistiendo a partir de entonces en los cultivos de subsistencia hasta gran variedad de frutales. Por eso la imagen que tuvo al ver por primera vez el valle de La Orotava fue tremendamente positiva: «una llanura, una llanura fértil y exuberante, a pesar de las tres colinas negras y, cuando nos fijamos con más detalle, de una extraña línea negra que lo recorre por el centro como si fuera un río es tan exuberante que en conjunto parece una masa enmarañada de naranjos, plataneras, viñedos, olivos, mangos, guayaberos y todas las frutas y hortalizas que pueda desear una persona. En medio de esta exuberancia, y destacando en este paisaje, están las pintorescas casas de los felices habitantes del lugar más fértil del mundo. Las casas de azotea, que generalmente son feas, aquí están atractivamente engalanadas y ocultas por bellas enredaderas llenas de flores, que crecen con un aspecto salvaje y agreste que sugiere una jungla tropical más que una civilización subtropical».

Según ella, había otros rincones de las islas más bellos, y aunque lamenta la ausencia de árboles señoriales, de una vegetación con mayor antigüedad, el césped verde y suave que tranquiliza la mente y regala la vista, el riachuelo que fluye y baila bajo los rayos del sol, la sonora caída de la cascada o el discurrir de un río profundo y tranquilo lo considera el lugar más saludable de la tierra. El archipiélago canario es el afortunado dueño del clima más magnífico del mundo y el valle de La Orotava posee el más excelente. Y reconoce que aunque algunos lugares en las otras islas compiten con él y muchos lo sobrepasan en belleza, ninguno combina su beneficioso clima para la salud, la misma belleza y lo idóneo de su emplazamiento como es el caso del valle de La Orotava. «¡No nos extraña que Bencomo defendiese tanto su herencia y que luchase por el valle de La Orotava!»

A medida que bajaba la pendiente carretera hacia el Puerto de la Cruz se atravesaba huertas, terrenos de cultivo cercados por muros bajos que unas veces retenían la tierra y en los puntos donde la pendiente es empinada y otras, separan los campos de tabaco, cochinilla, café, viñedos y frutales. Las casas eran bonitas, bastante grandes y aisladas, cada una rodeada por su propia vegetación. Entre las primeras fincas había una con un jardín muy bello y un estanque, y a la entrada de la casa una figura horrorosa que representaba al Rey de Infierno, por la cual se le llamaba la Casa del Diablo.

La carretera bordeaba el pie de Montaña de la Horca. Aquí se encontró con un campo de papas. Resalta los estanques llenos de agua como parte del paisaje y los lagares de madera, para ella «monstruos de aspecto tosco, que están siendo preparados para la vendimia». La carretera asfaltada terminaba a la entrada del Puerto de La Cruz, como ocurría en La Laguna, y las calles estaban mal pavimentadas aunque no le pareció que estuvieran tan mal como la de la Ciudad del Adelantado. Al mediodía llegó al hotel Turnbull. Era el único hotel regentado por ingleses en todo el archipiélago. Cobraba ocho chelines al día, o menos si es por semana. Inmediatamente le comenta a los señores Turnbull y al vicecónsul Peter Reid que deseaban iniciar un viaje alrededor de la isla y una subida al Teide. Los lugareños insinuaron que tendrían que avisar a Lorenzo Morisco, el *práctico* o guía, una institución en el Puerto de La Cruz. «Era un hombre delgado, de aspecto enérgico, mediana altura, con pelo negro y ojos oscuros, un bigote negro y la piel bien bronceada, muy guapo y, a primera vista, con la planta de un joven apuesto» —comenta la viajera. Se comprometió a suministrarles tres caballos para una gira de una semana, comenzando al siguiente día de su llegada, a razón de cinco chelines al día por caballo y, aparte, la comida para los hombres y animales. Les pareció un precio justo, ya que el precio habitual era de seis chelines, pero como alquilaron los

animales por una semana, los consiguieron por menos. Como *práctico*, Lorenzo cobraba cuatro dólares extra por la subida al Teide.

Acompañados por el señor Branckar, residente en el Puerto de la Cruz por algún tiempo, aprovecharon la tarde para visitar el Jardín Botánico y a continuación dirigirse a la casa del marqués de Candia, Tomás Fidel Cologan y Bobadilla, en La Paz, para hacerle entrega de su carta de presentación. Aquí cenaron a las 5 por invitación del marqués y su esposa Laura Cologan y Heredia. «El marqués y la marquesa y su familia hablan perfectamente inglés ya que han sido educados en Inglaterra. Tienen gustos musicales y reina un ambiente familiar encantados. Son considerados los terratenientes del lugar y sus opiniones y actos son de peso entre la gente».<sup>13</sup> Después bajaron a Sitio Litre y entregaron la siguiente carta de presentación al Charles Smith. «Las cartas de recomendación son imprescindibles en estas islas si se desea conocer otra cosa que no sea la vida del hotel. Tuvimos suerte al conseguir en Inglaterra cartas para bastantes residentes, tanto ingleses como españoles, de las islas y de las ciudades principales; ellos nos dieron cartas para otros y así fuimos amable y cortésmente pasando de unos a otros. La entrada en la sociedad española es muy difícil de lograr sin ser presentados ya que los españoles son muy selectivos, sin embargo, una vez que se ha sido presentado, son extremadamente hospitalarios. Nos llama poderosamente la atención que un viajero desconocido, sin ningún tipo de presentación, crea que va a ser recibido con los brazos abiertos en las casas de las clases pudientes y de la aristocracia. ¿Quién puede asegurar que no sea un aventurero si no tiene cartas de recomendación? La misma observación es aplicable a cualquier país aunque algunos son, por supuesto, más reservados que otros, y desde luego los ingleses no pueden permitirse el lujo de arrojar la primera piedra en esta cuestión» –comenta Olivia Stone.

El lunes 22 de octubre Olivia y su esposo John decidieron subir a caballo a la Villa de La Orotava, acompañados por la señora inglesa Branckar, que se había ofrecido amablemente a acompañarles ya que conocía a casi todo el mundo en la villa. Montó, como Olivia, un burro mientras que John cabalga sobre el caballo Saturno. Partieron a las 10 de la mañana. Pararon en el Jardín Botánico y después siguieron cabalgando hasta La Orotava. Por entonces se había construido una nueva carretera entre La Orotava y el Puerto de la Cruz pero había sido construida con muchas curvas, haciendo que la distancia entre los dos lugares fuera más larga. «La distancia por el camino viejo es de tres kilómetros, ¡por el nuevo, diez! Desde luego, nosotros no utilizamos el segundo, prefiriendo, como lo prefieren todos los caminantes y jinetes, el camino más viejo y más directo, que no es muy pendiente».

Se trataba de la entrada por la calle del Agua, entonces carretera de herradura. A la izquierda se encontraba ahora el Ayuntamiento, situado en el antiguo convento de Santo Domingo (antes en el antiguo colegio de los jesuitas) y unas pocas casas más arriba el Casino de los Caballeros, para girar a la izquierda, bordear la plaza de la Constitución o la Alameda (hoy del Quiosco para descender por la calle del Calvario hasta llegar a la parada de carruajes y diligencias, además de Casa de Postas de Lorenzo y Pedro Buenafuente Segura, dueño de una cochera y caballerizas. Aquí llegaba el servicio de correos. Años después, en 1888, Pedro Buenafuente comunicó con carruaje la Villa de La Orotava con Icod, a pesar del mal estado de la carretera, que llegaba hasta San Juan de la Rambla, permitiendo así el servicio de correos hasta Daute.

Cuando llegaron a La Orotava a donde primero se dirigieron fue a la fonda para dejar allí una bolsa con artículos indispensables y conseguir unas camas, ya que tenían la intención de pernoctar una noche. El hotel donde se alojaron, llamado Teide,

---

<sup>13</sup> STONE, O (1887). v. I, p. 365.

conocido mucho más tarde como hotel Suizo, fue abierto por el italiano Luis Fumagallo. Daba hacia el sureste y estaba en la calle del Calvario esquina García Beltrán, enfrente de los Llanos de San Sebastián (hoy plaza Franchi Alfaro), que por entonces era «un trozo de terreno grande cercado por un muro bajo de cemento y ahora vacío porque las cosechas ya han sido recogidas». En la fonda dejaron que se llevaran los corceles, con la orden de que estuviesen listos para la mañana siguiente ya que tenían intención de visitar Aguamansa. Nada más llegar Olivia y su esposo decidieron visitar el pueblo. La excursión a la villa está marcada por las cartas de introducción y recomendaciones de que había sido objeto. Por ello, la visita de los Stone a la villa se limita al casco histórico de la Villa de Abajo a diferencia de otras viajeras, como Frances Latimer, que recorrieron el casco histórico de la Villa de Arriba también. Los jardines aristocráticos del lugar, a los cuales no tiene palabras para describir, señalaban los refinados gustos de sus dueños. Camina hasta la casa de la marquesa de la Quinta Roja, Sebastiana del Castillo y Manrique de Lara, y ella y sus acompañantes pidieron permiso para ver el jardín. No esperaban ver a la marquesa pero cuando supo de la visita de los ingleses, muy amablemente salió a recibirlos y les invitó entrar a la casa. Según Olivia Stone, la marquesa tuvo que haber sido una mujer muy atractiva porque todavía era elegante y hermosa a pesar de ser anciana. Sin embargo, el ambiente que se respiraba era de mucha melancolía como consecuencia del fallecimiento de su hijo, VIII marqués de la Quinta Roja, Diego Ponte del Castillo, que había fallecido en Garachico el 5 de abril de 1880, a la temprana edad de 39 años, y por su condición de masón la Iglesia no dio permiso para que fuera enterrado en el cementerio católico. La marquesa se ha visto obligada, por consiguiente, a buscar otro enclave para enterrar su cuerpo, ordenando construir el hermoso mausoleo de mármol blanco que corona los terrenos de su propia huerta convertidos en jardín. Por la interesante descripción de la forma y vegetación del jardín exponemos el texto de la viajera: «Subimos las escaleras y desde allí salimos al jardín, que es enorme, pero como el terreno es pendiente está dispuesto en bancales. La mayoría de los muros que forma las terrazas están cubiertos por enredaderas. En la parte alta del jardín está el mausoleo. Da una idea muy melancólica y habría sido mejor para la tranquilidad espiritual de la marquesa que la curia romana hubiera permitido que aquel pobre e inofensivo descansase en paz en el cementerio lejos de su mirada diaria y continua. Con gusto volvemos la vista a la exuberancia que nos rodea. Los aromas son deliciosos, es imposible decir de dónde vienen ya que cada planta parece exhalar su propio perfume, con la excepción de las magnolias, que reservan el suyo para la noche. Los macizos son pequeños y tienen formas caprichosas y los altos rebordes exteriores son de boj con losetas por dentro. Si no fuera por los cafetales y otras plantas tropicales, podríamos pensar que estábamos en un viejo jardín inglés, y desde este lado la casa parece una casa de campo inglesa: larga, baja y de ladrillos. Hay muchos pájaros en jaulas que cuelgan bajo el magnolio, que parecen disfrutar todo lo que pueden estando cautivos. Entrando de nuevo en la casa, que es un resplandor de limpieza, comodidad y belleza, la marquesa nos llevó al comedor, por una de cuyas ventanas se ve el mausoleo que, desde aquí, parece bonito elevándose por encima del follaje, ya que se encuentra sobre una elevación del terreno de la parte alta del jardín y un gran árbol en primer plano atravesando el eterno azul del cielo que enmarca el monumento. A petición de la marquesa, tomamos una fotografía de la tumba pero estamos demasiado lejos para obtener una buena imagen. La marquesa nos escribió amablemente agradeciéndonos unas copias que le enviamos posteriormente. Los platos de las paredes y las alacenas llenas de porcelana, además de otros elementos decorativos, le dan un aire de opulencia al comedor que no es corriente en las casas españolas».



A continuación visitaron la casa del difunto Lorenzo Machado Benítez de Lugo, fallecido en Los Realejos en su casa de la finca de San Antonio, en la Rambla de los Caballos el 24 de septiembre de 1880. Su viuda, Balbina Benítez de Lugo y Monteverde, y sus hijas, Josefina y María, las recibieron con gran amabilidad. Su jardín, totalmente diferente al de la marquesa, era igualmente precioso. Tenía varios bancales y agua. Se sentaron al final de un bancal y comenzaron a hablar. Ellas les regalaron algunas de las muchas frutas del jardín y les hablaron sobre todo lo que en él había. «El plátano de Abisinia vive tres años y medio y sus hojas crecen hasta una longitud de cinco yardas. Las calas florecen con una belleza y abundancia salvaje y no se las valora demasiado como ocurre en Inglaterra. Los crisantemos son viejos conocidos en Inglaterra. Las adelfas y otras flores se entremezclaban con frutas de todas clases y un cafetal nos parece una combinación de utilidad y belleza. La pomarrosa es una fruta que, si la comieses con los ojos cerrados, sería difícil creer que no estabas comiendo rosas ya que el sabor y el olor son muy parecidos. El aguacate es un fruto verde y alargado y, para mí, desagradable al paladar, aunque es cuestión de gustos. Algunas personas piensan que las chirimoyas, los mangos y las guanábanas, como las que comimos a continuación, también son desagradables». Había un drago de unos treinta años de edad. La señora Balbina, con suma amabilidad, les trajo al jardín una bandeja con vino, sopa, pan y galletas. Disfrutaron enormemente y sentadas en medio de tanta belleza.

Al jardín de la familia Machado fue a encontrarse con los ingleses el joven Alberto Cologan y Cologan, de 21 años, hijo del marqués de Candia, y después del almuerzo les llevó a la casa familiar cuya característica principal es la pronunciada escalinata del exterior que facilita el acceso a la puerta principal, sin duda construida para vencer la pronunciada pendiente de la calle. Estaba situada justo por debajo, enfrente de los terrenos donde se encontraba la casa del marqués de Sauzal y la ermita de Nuestra Señora del Carmen, conocida como remita de Franchy. En la casa de la familia Cologan se encontraban los restos del enorme castaño, plantado en 1493, que Alberto le mostró con orgullo. En el momento que Olivia Stone lo contempló, solamente una de sus ramas seguía viva, pero alguna de sus semillas, que habían caído dentro del viejo tronco había crecido hasta convertirse en un árbol que brotó del propio padre. «La rama del gigante que aún seguía viva solo se elevaba unos tres pies del suelo y tenía el diámetro de un árbol normal». Ella y su marido midieron la base del tronco a tres pies del suelo y encontraron que tenía treinta y dos pies de perímetro. Entonces alrededor del anciano árbol crecían helechos. Habían construido un muro rodeando el castaño que aún se conserva, aunque sin el legendario árbol que fue destruido con el aluvión de 1953. Se ha intentado plantar un nuevo castaño pero con resultados negativos.

A continuación les llevaron a ver una de las “Casas de los Balcones” situada en la calle de San Francisco, número 5, mandada construir a finales del siglo XVII por María Ximénez del Castillo, y que en la fecha que estamos hablando, era propiedad de Juan Xuárez de la Guardia. Se sorprendió por la balconada de la casa aunque reconoció que el «espléndido trabajo había sido pintado con crueldad de blanco y verde brillantes, con bordes amarillos, pero así sea incluso estos deslumbrantes colores no logran destruir su elegancia y belleza». Se maravilló cuando entraron al patio. En el centro había una fuente con figuras. Entrando en la casa, subieron por una escalinata amplia y elegante. Allí encontraron la interesante talla antigua de San Lorenzo, con la parrilla, en una hornacina de las escaleras.<sup>14</sup>

---

<sup>14</sup>Esta es la curiosa reliquia del San Lorenzo de Piedra del siglo XVI, aunque las parrillas son nuevas, pues las originales fueron destruidas en 1931. No se sabe muy bien si esta escultura formó parte del palacio del

Si el largo balcón le llamó la atención no menos fue el interior de la vivienda, ejemplo del esplendor de los hacendados. Las habitaciones estaban decoradas en estilo francés, con espejos y papeles de colores alegres. Una de las habitaciones era un enorme salón de baile, con varias antecámaras abiertas<sup>15</sup> y con espejos para añadir volumen y más brillantez cuando estaba iluminada. La habitación de recepción más voluminosa era larga y bien proporcionada, con espejos en la pared en el final más bajo, que aparte de aumentar la longitud y la reflexión crea una atmósfera muy graciosa. Sobresalía el color damasco canario, cristal y oropel francés, combinado con un profundo azul, de tono Real, sucede al amarillo. Todas las cosas azules, el espejo y marcos, y la pequeña lámpara colgando lucía como un apartamento de una antigua reina de España.

El comedor, que era otro de los lugares de primera importancia, donde la familia exhibía a sus invitados sus vajillas y objetos de plata, rito obligado del universo burgués. Parecía una sala de estar, con sus vasos y porcelana china sobre la mesa listos para uso de la sociedad. En el mismo había una espineta de Clementi de Londres, uno de los prestigiosos pianos fabricados por el compositor italiano Muzio Clementi (1752-1832) establecido en Londres a finales del siglo XVIII. La preocupación por el confort de sus invitadas se advertía en la alcoba, en la misma suite con aseos y encantos al estilo burgués de la época. En el salón rojo destacaba una bellísima y antigua mesa china inglesa, otra de porcelana china, y una original vitrina antigua, parecida al respaldo de una silla de mano.

A continuación los Stone fueron a la iglesia de la Concepción. El exterior no resultó atractivo, como a casi la mayoría de los viajeros europeos, pero encontró el interior muy bello. Mostró su admiración por el púlpito y el altar. El pedestal sobre el que descansa el púlpito es la talla más bella de la iglesia y, no dudó en considerarla la más bella de cualquier iglesia canaria. Según ella, el altar costó 30.000 dólares (6.000 libras esterlinas) y fue consagrado el 13 de julio de 1879. La iglesia, construida a finales del siglo XVIII costó un millón de pesos (150.000 libras esterlinas). «Esta es, con mucho, la iglesia más artística del archipiélago, cosa comprensible si se piensa que gran parte de la alta sociedad de los isleños practica su culto en ella. Varios amigos nos acompañaban y un caballero que estaba al cargo, o al menos tenía las llaves de la sacristía, nos llevó adentro a ver las vestiduras sagradas. Eran muy vistosas, recamadas en muchos colores con gran cantidad de hilos de plata y oro. Algunas pertenecían a los años 1750-60, al igual que un atril para libros que se utilizó cuando la iglesia fue consagrada, hace cien años. Una vestidura verde, con trabajos en oro y fresa, que según ellos, era muy antigua, haría palidecer a South Kensington. También nos mostraron una pieza de encaje de hilo de oro, trabajado como un pañuelo guanche» –comenta Olivia Stone.

Después se dirigieron a la casa del marqués del Sauzal para ver el emplazamiento del famoso drago. Los distinguidos visitantes fueron atendidos por Elisa de Ponte y del Hoyo y su joven hijo Bernardo Cólogan y Ponte, X marqués de Sauzal. En el jardín se encontraba el célebre drago, visitado por numerosos viajeros por su valioso interés histórico. Muchos anhelaban la visita a la villa para estudiar el gran drago de La Orotava, respondiendo así al interés que despertó a partir de mediados del siglo XVIII el estudio de la Naturaleza como parte del quehacer científico. El tronco de ese árbol,

---

fundador del convento de San Lorenzo, Bartolomé Benítez Pereyra de Lugo, o del convento de los frailes. “Lo primero por haberse encontrado con el resto de los elementos que deducimos pertenecen a dicha mansión, y lo segundo, porque ciertamente parece más propio del monasterio que de una casa señorial. Quizá fuese adorno exterior de la fachada, o quizá se hallase en los jardines que no faltarían en el convento” (Alfonso Trujillo. *San Francisco de La Orotava*. La Laguna, 1973. p. 46).

<sup>15</sup> STONE, O. (1887). v. I, p. 374.

mencionado en varios documentos muy antiguos como marca, sirvió de linde de un campo y ya en el siglo XV era tan enorme como lo era a principios del siglo XIX. Quedó gravemente dañado por el temporal de 1819, cuando «una tormenta furiosa sacudió un día este bosque aéreo... y se oyó un ruido espantoso. De un solo golpe la tercera parte cayó estrepitosamente y sacudió el valle. Un soberbio laurel desapareció en esta debacle y todos los arbustos de los alrededores desaparecieron sobre estas ruinas. La fecha de este acontecimiento está anotada en una placa de cemento con la que se cubrió la cima del tronco para protegerlo de las filtraciones de agua». Una rama fue recogida y enviada a los jardines de Kew en Londres. Tuvo que ser apuntalado para que no cayera el resto, hasta que fue derribado totalmente como consecuencia del huracán en marzo de 1867. A los primeros a los que debemos una descripción del jardín del marqués del Sauzal fueron a Alexander von Humboldt y al botánico inglés Philip Barker Webb. El doctor William R. Wilde lo compara con árboles milenarios de climas tropicales como el baobab, el *adansonia digitata*, -nombre científico dado por Linneo en honor a su descubridor Michel Adanson, que estuvo de visita en Tenerife en el año 1749; con el castaño de los *Cien Caballos del Etna*, considerado como el mayor del mundo; con el mismo castaño Tamworth de Australia; con los viejísimos olivos Gethsemane del monte de los Olivos, o, con el roble de Cowthorpe, en el condado de Yorkshire, Inglaterra. Charles Borda (1776), Charles Piazzi Smyth (1856), Elizabeth Murray (1859), Richard y Elizabeth Burton (1863), por mencionar algunos, visitaron el jardín para contemplar el legendario drago.

Cuando la tormenta de 1867 rompió la parte superior del árbol, algunas de las ramas que cayeron al suelo medían dieciocho pies de perímetro. A pesar de que el tronco fue reforzado por todos los medios posibles para mantenerlo erguido, cayó y cuando Olivia Stone visitó el jardín ya no pudo disfrutar de su vista. En su lugar, sin embargo, se encuentra su vástago. Una semilla del gigante fue plantada en 1877 en el mismo emplazamiento del viejo árbol.

Cerca del joven drago había una curiosa palmera, de inmensa altura. El tronco era excesivamente delgado y más o menos a la mitad tenía un extraño estrechamiento. Se decía que este árbol es tan antiguo como los guanches y en la época de la conquista era un hito para los españoles. Tenía 110 pies de alto y se decía que era más alta que cualquier otra palmera de Europa. La casa se encontraba a poca distancia y la marquesa les comentó que cuando había tormenta el árbol se balanceaba hasta golpear las tejas. «Poco antes de la muerte del marqués, mientras estaba enfermo en cama, se desencadenó una horrible tormenta y no pudo descansar ni dormir pensando que esta palmera, que había resistido durante tantos siglos, probablemente se partiría antes del amanecer y con ella desaparecería la segunda gloria de su jardín. Sin embargo, aún sigue en pie y probablemente deba su conservación al hecho de que pueda curvarse ante la fuerza del viento».

El jardín de la marquesa del Sauzal estaba bien cuidado, incluso podría decirse que preciosamente cuidado. Después Alberto Cologan les mostró la casa de su padre, y antes de regresar a la fonda visitaron Santo Domingo, «con mucha fama en la actualidad ¡por las peleas de gallos que se celebran en su recinto! Con los españoles es difícil saber a qué dan más importancia: a su religión o a su atracción por las corridas de toros y peleas de gallos y, en este caso, son las últimas las que han prevalecido. Parece increíble que se permita algo tan escandaloso».

Al llegar a la fonda se despidió la señora Branckar para regresar al Puerto de la Cruz, la cual le había acompañado todo el día en la villa. La comida le pareció buena y el dormitorio también. Existía un libro de huéspedes en la fonda donde habían anotado sus comentarios varios ingleses, franceses, norteamericanos y alemanes, pero se

sorprendieron de la «ausencia notable de algún comentario español». La fonda tenía una azotea muy amplia en la que había un cobertizo con dos camas. Tenía agua corriente.

Cuando ojeó el libro de huéspedes del hotel Teide le llamó la atención de los más distinguidos: el Príncipe de Gales Albert Victor y su hermano George (futuro Jorge V, rey del Reino Unido y Emperador de la India). Se habían alojado la noche del 4 al 5 de diciembre de 1879. Se encontraban realizando un crucero alrededor del mundo en el barco de su majestad *The Bacchante*, cuando se acercaron a la villa para ascender al Teide, objetivo que no lograrían porque se encontraba nevado y solo llegaron hasta Las Cañadas.

Partieron de la fonda para subir al Teide a las 3 a.m. del 5 de diciembre de 1879, acompañados por el capitán y algunos de los oficiales del *Bacchante*. Ignacio Dorta, considerado el mejor guía del pueblo, y un segundo guía, Manuel Reyes, estaban al cargo de la expedición, y Peter Reid, el vicecónsul británico en el Puerto de la Cruz, también los acompañó hasta Las Cañadas. Después de desayunar, entre las ocho y las nueve, cabalgaron en dirección oeste hasta Icod del Alto, regresando a La Orotava por Los Realejos. De la vista que hay desde allí comentaron los príncipes: “Desde este punto obtuvimos una de las panorámicas más atractivas que hayamos visto nunca”, y describen el valle como “una larga pendiente llena de eterna fertilidad y encanto”. Se hizo tarde antes de que llegaran aquella misma noche a Santa Cruz, pero sus obligaciones no habían finalizado ya que, a pesar de que se encontraban muy cansados, estuvo el príncipe Albert Víctor presente en un baile ofrecido en su honor por el vicecónsul en funciones, el señor Edwards, y al parecer el príncipe George se había caído de su caballo en las Cañadas razón por la cual no pudo asistir. Un testigo presencial le dijo a Olivia Stone que el aspecto de los oficiales vestidos de uniforme impresionó mucho a los naturales. Había pocos isleños luciendo uniforme aparte de los cónsules, que habían venido con uniforme de gala. La señora Edwards fue la anfitriona del baile, que se celebró en su casa en la calle de la Marina. El día en que los príncipes llegaron a Santa Cruz visitaron el museo y las banderas inglesas en la iglesia de la Concepción. Fueron descolgadas para que pudieran verlas, «como harían para nosotros posteriormente». Al día siguiente, Benjamín Renshaw Orea envió un carruaje con una pareja de caballos y otro negro a la cabeza desde La Laguna para recoger a los príncipes y al capitán u subirlos a la ciudad del Adelantado para almorzar.

Las paredes de las habitaciones de la fonda Teide fueron también testigos de distinguidos huéspedes. El periodista inglés Isaac Latimer e hija, Frances, en 1887, o el gran geógrafo hamburgués Hans Meyer, en el transcurso de su cuarta expedición al Kilimanjaro en 1894. El alemán que decidió visitar la isla con libras esterlinas inglesas porque era la moneda que más aceptación tenía en Canarias, ya que el archipiélago estaba viviendo un acentuado periodo de britanización económica y cultural.

En la fonda, Olivia Stone escribe sus impresiones sobre el día en la villa. «No es fácil, en un país donde todo crece tan rápidamente, mantener un jardín en el orden al que estamos acostumbrados en Inglaterra pero el de la marquesa, aunque conserva el aspecto silvestre que le da el carácter salvaje de la naturaleza, está, no obstante, marcado claramente por la moderación que imparte el orden. Los habitantes de la villa son increíblemente corteses al permitir a extraños que entren así en sus jardines para admirar lo que hay en ellos. Al aumentar el número de visitantes descubrirán, sin embargo, que esta actitud se convertirá en una carga. Por esta razón, debería ampliarse el Jardín de Aclimatación y transformarse en un jardín botánico público, donde la exuberante vegetación del valle pudiera ser estudiada sin trabas por todos los visitantes». Plasma su admiración por los encantos del valle y de La Orotava pero su

fidelidad por Inglaterra era más fuerte que el deslumbramiento que le producía el azul del cielo de estas latitudes. La dulzura y fertilidad del valle de La Orotava le abruma de tal manera que lo recomienda «para esos que tienen tiempo y se preocupan por el frío, la suciedad, la niebla y los cielos oscuros del invierno en Inglaterra deberían de acercarse a estas tierras soleadas del sur, cargadas de frutas y verdor, donde los pájaros cantan entre el follaje, y donde las enfermedades tienden a disminuir –si no es que cesan–. Además, están a unos pocos días». Considera afortunados a los naturales que habitan en los «Campos Elíseos» de esta parte de Tenerife. Pero a pesar de encontrarse en uno de los encantadores jardines de La Orotava (el de Lorenzo Machado), era presa de ese sentimiento de superioridad del británico, donde todo lo que se encontraba más allá de su casa le parecía un exilio, todo le era extraño e incluso teme que los sentimientos de depresión se apoderen de sus pensamientos: «Pensé que podría haber vivido en este encantador lugar y escribir en medio de las bellas adelfas y magnolias de La Orotava. Mi pluma habría seguramente fluido más libre y enteramente en una atmósfera tan poética y pacífica. Quizá no. Tales alrededores son deprimentes. Inglaterra, con sus violentos vientos, sus cielos nublados y tiempo frío da a sus hijos e hijas la energía que ha hecho que su nombre se situara en las primeras filas entre las naciones. También, en cualquier tierra donde uno vive, allí debe estar contento».

Según la viajera las calles de la villa estaban iluminadas con farolas de aceite por la noche, aunque son muy escasas. Las calles estaban pavimentadas con piedras en forma de riñón, excepto las de delante de algunas casas donde habían colocado, evidentemente, pavimentos privados. Encontraron una vista espléndida del Teide cuando subían caminando por la mañana la cuesta de la calles desde la fonda hasta la plaza de San Agustín. Desde aquí «el Puerto de la Cruz —verdadero nombre del Puerto de la Orotava— solo parece un pequeño caserío allá abajo, a la derecha».

Se levantaron temprano el martes 23 de octubre. La temperatura a la sombra en el pueblo a las 7 a.m. era de 64° F (17,7° C), para el matrimonio Stone, un calor muy moderado. Cuando por la mañana los caballos llegaron a la fonda para llevarlos a Aguamansa pero se sintieron tan indispuestos que, muy a pesar suyo, regresaron al Puerto de la Cruz sin llevar a cabo la excursión. «Hay que estar acostumbrado a las diversas y exquisitas frutas antes de poder comerlas en cantidad imprudente» –comentó Olivia Stone.

Aparte de las obras escritas consultadas por la viajera a la hora conocer y redactar sus experiencias fueron de valioso interés las fuentes orales. Unas procedían de los arrieros que les acompañaron en sus excursiones. Jugaron un papel importante en la movilidad de los viajeros, no por razones de seguridad, sino porque los «muleros», como solían llamárseles, actuaban de guías. Las islas no estaban organizadas para hacer excursiones por el interior. Tampoco contaban con buenas carreteras ni con unos mapas que precisaran los caminos o senderos, por eso Olivia Stone tuvo que ayudarse con el mapa del Almirantazgo británico. Por supuesto que aquí los había desde hacía tiempo, pero su utilidad práctica era limitada para los viajeros. Algunas rutas estaban bien establecidas. Pero solamente recogían las arterias principales. Más allá, las cosas se les complicaban. Las comunicaciones con el sur eran tan malas que corrían el peligro de perderse. Por lo tanto, el papel desempeñado por el arriero era el de un auténtico guía profesional. Su compañía era de crucial importancia en cualquier excursión. Además, aparte de enseñarles los caminos y alrededores, les comentaban las tradiciones locales, las costumbres, leyendas o les facilitaban informaciones prácticas. Serán en estas excursiones cuando entren en contacto con la gente del pueblo y los campesinos canarios. Con los hacendados isleños la realizan a través de presentaciones, ya fuesen a nivel personal o con cartas, más necesarias en Tenerife que en Gran Canaria. Otra fuente que influiría mucho

fueron las procedentes de los cónsules. Con frecuencia estos tenían un amplio conocimiento de las islas. Por tal razón, todos los viajeros acudían a solicitar consejos sobre múltiples asuntos que concernían al viaje. Entre los contactos del viaje, también ocupa un lugar destacado los encuentros con la intelectualidad de la época.

Por su parte, los hacendados de la villa le comentaron los difíciles momentos que vivía el valle de La Orotava y las islas en general. Se quejaron a Olivia Stone de los elevados impuestos en Canarias, aumentados desde que el Serrano visitó las islas. Francisco Serrano (1810-1885), duque de la Torre y conde consorte de San Antonio, fue un destacado político y militar que participó en la formación del partido político Unión Liberal, liderado por Leopoldo O'Donnell. Tras la muerte de O'Donnell en 1867, Serrano lidera el partido y participó en la conspiración para destronar a Isabel II con los progresistas, dirigidos por el general Prim, razón por la cual fue desterrado a Canarias. En 1874 fue proclamado Presidente del Poder Ejecutivo de la Primera República.

Como representante de España, fue recibido con enorme hospitalidad. Comenta Olivia Stone que «la aristocracia de la villa le ofreció toda clase de recepciones, agasajándolo generosamente. Para causar una mejor impresión, se prestaron la cubertería, vajilla y otras piezas de valor los unos a los otros, según les iba tocando invitar al general. Lamentablemente, sin embargo, lo que parece haber impresionado al invitado fue la riqueza del valle de La Orotava desde el punto de vista de la hacienda pública y tras la hospitalidad que le brindaron llegó un incremento en los impuestos... Un caballero dijo: «¡Ah, si estuviésemos bajo dominio inglés, aunque solo fuera durante veinticinco años!». Esto le hizo recordar a Olivia Stone la sugerencia de William Pitt en 1748 de intercambiar Gibraltar por las Islas Canarias por todos los medios. Inglaterra, por supuesto, ni podía ni quería aceptar este intercambio, aunque quizás España sí lo aceptaría porque en «la Península Ibérica no se conoce el valor del archipiélago y nuestra colonia de Gibraltar es una espina muy grande que España tiene clavada». A renglón seguido comenta la viajera que si se desarrollasen los recursos de las islas podrían llegar a ser la joya más valiosa de la Corona española.

También se hace eco Olivia Stone de las quejas de los lugareños de la envidia que sienten los capitalinos por el papel del valle. Les manifestaron, y ella lo pudo reconocer, que los que conocían el valle de La Orotava pasaban por Santa Cruz y se apresuraban a trasladarse a él. De ahí que Santa Cruz sintiera envidia y hacía lo que podía para contrarrestar la influencia del valle de La Orotava. Olivia Stone da la razón. Para ella lo que hacía que el valle de La Orotava fuera más atractivo «se puede expresar en pocas palabras: es hermoso». Por ello, si pudiera lograrse un puerto de llegada en el Puerto de la Cruz los extranjeros se darían cuenta de que Tenerife no es el desierto estéril que se divisa por el lado este, y el dinero fluiría de otros países a la isla, convirtiéndola en rica, próspera y feliz. Los lugareños le manifestaron la necesidad de un puerto. Al margen de la construcción del puerto de disputa entre Santa Cruz y Las Palmas, se trataba construir un muelle en el Puerto de la Cruz, que tras numerosas peticiones se comenzó pero «resultó ser un pozo de dinero que, o bien se tiraba al mar o no pasaba de los bolsillos de los ingenieros, así que permanece inacabado y casi inutilizable hasta hoy». Según algunos expertos, la playa de Martiáñez podría convertirse en un magnífico puerto. Debido a los esfuerzos de los diputados locales en la Corte de Madrid se habían enviado ingenieros para que informasen, pero, se decía que por alguna razón desconocida el informe favorable se evitó que llegara a Madrid. La bahía de Martiáñez está parcialmente rodeada por rocas que solamente necesitaban que en los huecos entre ellas se vertiera cemento para convertir esta línea en un rompeolas. Pero se había señalado que había un inconveniente para transformarla en puerto: el barranco que lleva su nombre desemboca en la bahía. Para los lugareños

algunos ingenieros decían que esta dificultad tenía solución, ya que por el barranco rara vez corre agua. Por entonces, cuando los yates alguna vez recalaban por las islas tenían que fondear en Santa Cruz y sus propietarios debían recorrer los treinta y ocho kilómetros que lo separan del valle de La Orotava, atravesando la isla para llegar a él. Claro está que un puerto cerca del valle asestaría un golpe mortal a Santa Cruz.

*En la actualidad está fuera de toda discusión que el valle de La Orotava es el corazón de la isla. Se encuentra en el centro de la zona más fértil. No solamente es bello sino que su puerto estaría más a mano para la exportación del vino, la fruta y los otros cultivos y producción de sus habitantes. La distancia también es menor entre el Puerto de la Cruz y las adorables y poco conocidas islas de La Palma, La Gomera y El Hierro, que entre éstas y Santa Cruz. Como también es el punto de partida para subir al Teide.<sup>16</sup>*

Ante tal talante de división intercomarcal, Olivia Stone sugiere a los tinerfeños que pensasen seriamente en la siguiente idea: ¿No sería mejor que todos se unieran para convertir Tenerife en la isla más importante, obviando de qué ciudad dependiese el puerto, del Puerto de la Cruz o de Santa Cruz? No solo por el hecho de que en breve Las Palmas de Gran Canaria tendrá un cómodo puerto sino porque los viajeros «preferirán a Tenerife por la presencia del Teide, además si hubiera un buen puerto en uno de los lugares más bellos del mundo, Tenerife no solamente competiría favorablemente con las otras islas, sino que eclipsaría claramente a Madeira. Creo que esto no podría ocurrir si el puerto estuviese en Santa Cruz, ya que su situación no es la apropiada para los visitantes, debido a la escasez de vegetación y a su distancia del Pico, aun cuando fuese necesario construir un puerto en dicho lugar». Y continúa narrando «el Teide hará que Tenerife sea siempre el centro del archipiélago».

Coincido con Jonathan Allen Hernández<sup>17</sup> cuando afirma que en el orden de prioridades que Stone llevaba a Canarias estaba como primera e irrenunciable obligación el ascenso al Teide, montaña que considera eje de todo el archipiélago. Sin duda, el título del libro *Tenerife y sus seis satélites* es para ella producto de la superioridad natural de esta formación geológica, y que ningún otro paraje en las islas puede rivalizar con este gigantesco cráter. «La existencia del Teide hace que la isla de Tenerife sea para ella la preferible, puesto que el Pico con su imponente masa siempre está en el fondo del “cuadro”, y como arguye “algunos siempre preferirán a Tenerife por la presencia del Pico”». La belleza del Teide es como una imagen fotográfica que llevará impresa en su mente a lo largo de su vida. Para Stone, el valle de La Orotava es la clave estética de la isla, quedando atrás la vetusta y levítica La Laguna y la poco hermosa Santa Cruz.

*El Teide, para resumir el valor espiritual que posee en el ánimo de Stone, es «como un ángel custodio, o como si fuera el espíritu de las islas, dondequiera que uno vaya por el archipiélago es imposible olvidarlo».*

Cuando en septiembre de 1887 se publicó en Londres *Tenerife and its Six Satellites, or the Canary Islands past and present* el periódico local *El Valle de Orotava*,

---

<sup>16</sup> *Ibidem*. p. 367.

<sup>17</sup> ALLEN HERNÁNDEZ, Jonathan, “El libro de viajes como emblema del conocimiento” en la edición española traducida por Juan S. Amador Bedford y publicada por el Cabildo Insular de Gran Canaria en 1995.

en su número del 30 de diciembre de 1887, celebró la aparición de los dos tomos de su primera edición. Fue la primera noticia en las islas de la publicación del libro. El periódico acababa de comenzar su andadura en el año de 1887 y se publicaba los días 6, 14, 22 y 30 de cada mes en la Imprenta Herreros. Algunos lugareños que el matrimonio Stone conocieron en la Villa de La Orotava eran los responsables del mismo. «La notable autora a quien ya conocíamos dirige hacia nosotros la atención del mundo por medio del acertado conjunto de su llamativa publicación». Aunque en el comentario aparecido en la página 3 reconoce que hay algunos errores en el libro, sobre todo toponímicos, por encima está el entusiasmo de la autora por la más recta interpretación y crítica de la realidad insular. Olivia Stone no oculta su apasionada admiración por el archipiélago: «Quisiera decir a los amigos de las islas que leyeren este libro que todo lo que he escrito, ya sea de virtudes o faltas, he sido animada siempre de un sentimiento bondadoso hacia los habitantes y de amor hacia su tierra feliz, las preciosas Islas Bienaventuradas».

#### BIBLIOGRAFÍA

- ALFONSO TRUJILLO (1973). *San Francisco de La Orotava*. La Laguna.
- ALLEN HERNÁNDEZ, Jonathan (1995). “El libro de viajes como emblema del conocimiento” en la edición española de *Tenerife y sus seis satélites*. Cabildo Insular de Las Palmas de Gran Canaria. 1995.
- CÓLOGAN SORIANO, Carlos (2010). *Los Cologan de Irlanda y Tenerife*. Santa Cruz de Tenerife.
- FERNÁNDEZ DE BÉTENCOURT, Francisco (1952). *Nobiliario de Canarias*. J. Régulo. La Laguna.
- GARCÍA PÉREZ, José Luis (1988). *Viajeros ingleses en el siglo XIX*. Santa Cruz de Tenerife.
- GONZÁLEZ LEMUS, Nicolás (1998). *Viajeros victorianos en Canarias*. Cabildo Insular de Gran Canaria.
- GONZÁLEZ LEMUS, Nicolás (1995). *Las islas de la ilusión*. Excmo. Cabildo Insular de Las Palmas de Gran Canaria.
- GONZÁLEZ LEMUS, N./RODRÍGUEZ MAZA, J. M. (2004). *Masonería e intolerancia en Canarias. El caso del marquesado de la Quinta Roja*. Bencomo. Santa Cruz de Tenerife.
- HERNÁNDEZ GUTIÉRREZ, A. Sebastián (1883). ... *De la Quinta Roja al hotel Taoro*. Ayuntamiento del Puerto de la Cruz.
- LUQUE HERNÁNDEZ, Antonio (1998). *La Orotava, corazón de Tenerife*. Excmo. Ayuntamiento de La Orotava.
- ROBINSON, Jane (1990). *Wayward Women*. Oxford University Press. Oxford.
- STONE, Olivia (1887). *Tenerife and its Six Satellites, or the Canary Islands past and present*. Marcus Ward. London (existe traducción de Juan S. Amador Bedford, Cabildo Insular de Gran Canaria en 1995).
- STONE, Olivia ((1882). *Norway in June*. Marcus Ward. London.